



Bernardo García Martínez

“En busca de la geografía histórica”

p. 127-142

Cincuenta años de investigación histórica en México

Gisela von Wobeser (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Universidad de Guanajuato

1998

350 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 29)

ISBN 968-36-6471-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html>

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

EN BUSCA DE LA GEOGRAFÍA HISTÓRICA¹BERNARDO GARCÍA MARTÍNEZ
El Colegio de México

Fernand Braudel propuso en 1949 definir como una pieza de *geohistoria* la obra que ofrecía sobre el Mediterráneo y el mundo mediterráneo, la cual, en sus palabras, rompía una lanza “en favor de la convergencia de estas dos ciencias sociales que son la historia y la geografía”, con el propósito de captar en última instancia el universo humano en función del tiempo o del espacio, “de este Tiempo y este Espacio que no son, en realidad, más que medios para un fin”.² De paso, tomaba una posición crítica pero receptiva ante el determinismo geográfico. Como el propio Braudel previó, el concepto de *geohistoria* no tuvo amplia aceptación —o por lo menos no la ha tenido hasta nuestros días. Tal vez debiera repensarse nuevamente, si no lo han hecho ya los geógrafos, aunque la palabra no está registrada en el excelente *Dictionary of Human Geography* compilado por Ron Johnston.³

Como quiera que se le definiera, la geografía que Braudel tenía en mente era la geografía humana de tradición *vidaliana*, que proponía el posibilismo en lugar del determinismo dominante. La geografía de Braudel era también comparable a la que en otros contextos se ha llamado geografía cultural, donde la alternativa al determinismo se plasmaba en el concepto de paisaje —*Landschaft*. El paisaje comprendía la descripción de las interrelaciones entre los hombres y el medio, en especial el impacto de aquéllos en éste, y llegó a definirse como un área formada por la asociación distintiva de formas físicas y culturales. El concepto ganó una posición clave en los enfoques regionales y comparativos. Con los paisajes, dijo el geógrafo alemán Carl Troll (1950), la geografía había encontrado su objeto propio. “Cada vez se tiende más a considerar un paisaje como una ‘unidad orgánica’ y a estudiarlo ‘en el

¹ El presente estudio fue motivado por una serie de coloquios celebrados en Francia y México, y una parte sustancial del mismo, de la que se excluyeron varios fragmentos (y la que, en cambio, se añadió el apéndice de un texto aquí eliminado), se dio a la luz pública con el mismo título en *L'Ordinaire Latino-Americain*, 159, Toulouse, sep.-oct., 1995, p. 75-89.

² Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde Méditerranéen à l'époque de Philippe II*, primera parte, conclusión, I.

³ R. J. Johnston, Derek Gregory, David M. Smith, comps., *The Dictionary of Human Geography*, 3a. ed., Oxford, Blackwell Reference, 1994.

ritmo temporal y espacial de sus numerosos y diversos factores’.” La geografía de Braudel, que implícitamente era una geografía histórica, tenía en los paisajes su objeto propio.

En el mismo año en que Braudel publicó su gran obra, 1949, François Chevalier concluyó la suya sobre México, publicada poco después y hoy clásica. En ella reconoció los “caminos de la geohistoria” abiertos por Braudel y, aunque de manera no explícita, se apegó a una concepción de la geografía similar a la suya. Y aunque seguramente Chevalier no hubiera llamado a su obra geohistoria, ya que su temática lo llevaba por otros terrenos, sí aportó piezas de una geografía histórica y cultural cuyo objeto propio era el paisaje.

Al principio de su libro Chevalier expresó su intención de “conocer, por visión directa, el medio geográfico perenne que sirvió de marco” al pasado y, luego, “observar el medio humano, particularmente rural, tan diverso todavía según las regiones”. El estudio y la observación de Chevalier estuvieron guiados por una profunda compenetración con los rasgos culturales que él, como historiador, pudo percibir y explicar. Legó una obra rica en comparaciones del medio físico y los rasgos culturales de América y Europa. Las haciendas coronadas de almenas, por ejemplo, le hacían pensar en “los castillos de la Europa medieval”. También, añadía,

sería posible comparar a los negros, peones y pequeños arrendatarios indios con los esclavos, colonos y arrendatarios indígenas más o menos arraigados en los *latifundia* de las provincias imperiales, y trazar un paralelo entre los hacendados y aquellos grandes propietarios del Bajo Imperio, cuyos poderes sobre sus servidores sobrepasaban de manera singular las relaciones de orden puramente económico.

Y concluía: “no es ilícito pensar que ciertas partes del imperio romano hayan podido ofrecer condiciones análogas cuando, en el siglo IV, los intercambios disminuyeron y la vida tendió a concentrarse en las grandes *villae* rurales”.

Sin proponérselo tal vez, Chevalier fue uno de los primeros historiadores modernos que reconstruyó piezas de la geografía cultural de la Nueva España o, si se prefiere, elementos de su paisaje histórico que, en la concepción de Chevalier, estaba anclado no sólo en lo físico, como ese “medio favorable a las grandes posesiones”, sino en las múltiples manifestaciones de esa colonización que calificó de extensiva y que se apoyó en concesiones de estancias, desarrollo de cultivos, multiplicación de ganados, hombres a caballo, acaparadores de tierras, etcétera, hasta desembocar en la hacienda como unidad económica y social resultante. Con esa colonización entraron en la geografía novohispana las diversas expresiones de la propiedad territorial, como los linderos y las bardas, y también los apoyos materiales de la ganadería, como las estancias y los aguajes, a más de las unidades de producción, ya fuesen haciendas de

labor, ingenios de azúcar o empresas de otro tipo. “En los términos de la hacienda”, concluía Chevalier, “fue donde tendió a centrarse la vida local.”

Pero en la geografía histórica mexicana hay otra veta no menos importante que la referida. Uno de los cultivadores más sólidos de la geografía cultural y de los estudios de paisaje, Carl Ortwin Sauer, dedicó parte de sus estudios a México y al *Southwest* desde por lo menos 1929, y en 1941, al tiempo que difundía su “Foreword to Historical Geography”,⁴ publicó un breve ensayo histórico-geográfico, “The Personality of Mexico”.⁵ En este ensayo seminal definió áreas y criterios fundamentales para entender la organización espacial del país: the *Southern Hearth* y the *Northern March*. Se trataba, ni más ni menos, de un anticipo del concepto de Mesoamérica, ideado dos años después por el antropólogo Paul Kirchhoff.⁶ Sauer consideró que los elementos vertebrales para explicar los rasgos dominantes de la historia y la geografía del país se habían dado durante las dos primeras generaciones del México colonial. Sauer, como se sabe, fue el padre de la célebre Escuela de Berkeley, en la que se gestó la obra de Sherburne Cook —entre otros—, de quien debemos recordar sus trabajos pioneros en la historia ambiental de México, *The Historical Demography and Ecology of the Teotlalpan*⁷ y *Soil Erosion and Population in Central Mexico*.⁸ Esos estudios ubicaban por primera vez los ciclos y periodos significativos que la población, la agricultura, la deforestación y la reacción ambiental habían dibujado en la historia mexicana. Y algo interesante: fueron publicados en un año que ha llamado ya nuestra atención: 1949. Mucho prosperó en ese año la geografía histórica en México, no sólo por la riqueza de las aportaciones efectuadas, sino por la variedad a que correspondían. Para decir algo: la explicación del paisaje en Cook, muy a la *Sauer*, ponía énfasis en los aspectos evolutivos, en lo que se distinguía de Chevalier, cuya obra reflejaba más bien, un método comparativo. De un modo u otro, sin embargo, los referidos estudios, más otros afines, como los de Miguel Othón de Mendizábal (un precursor cuya labor debe resaltarse)⁹ y los sólidos trabajos de los mayistas France Scholes y Ralph

⁴ Carl Ortwin Sauer, “Foreword to Historical Geography”, en *Annals of the Association of American Geographers*, xxxi, 1941, p. 1-24.

⁵ Carl Ortwin Sauer, “The Personality of Mexico”, en *Geographical Review*, xxxi, 1941, p. 353-364.

⁶ Paul Kirchhoff, “Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales”, en *Acta Americana*, México, i, 1943, p. 1.

⁷ Sherburne F. Cook, *The Historical Demography and Ecology of the Teotlalpan*, Berkeley, University of California Press, 1949.

⁸ Sherburne F. Cook, *Soil Erosion and Population in Central Mexico*, Berkeley, University of California Press, 1949.

⁹ Cfr., por ejemplo, Miguel O. de Mendizábal, *Influencia de la sal en la distribución geográfica de los grupos indígenas de México*, México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1928.

Roys,¹⁰ planteaban interrogantes complejas e interesantes para el estudio combinado del tiempo y el espacio en México.

El tema de la construcción del espacio fue haciéndose presente poco a poco, durante la segunda mitad de este siglo, entre los historiadores mexicanos. Pero tuvo pocos cultivadores. No se formó una escuela o una corriente bien definida, sino que el tema fue abordado en distintos momentos y desde diferentes enfoques con la percepción, a menudo, de que se inscribía en el terreno de la historia económica —un terreno en donde la geografía proporcionaba solamente un “marco”. Los autores se inspiraron en obras y metodologías diversas y enfrentaron problemas de índole eminentemente regional. El resultado fueron estudios variados y disímiles que quedaron relativamente aislados, piezas un tanto exóticas en el universo de la geografía mexicana. Por cierto que en este proceso fue bastante llamativa la presencia de autores franceses o de inspiración francesa. Recordemos por ejemplo la *Geografía económica de México (siglo XVI)*, publicada en 1968 por Alejandra Moreno, que había sido estudiante de Pierre Vilar,¹¹ o el *Aménagement et colonisation du tropique humide mexicain*, de 1972, obra de Jean Revel-Mouroz, un geógrafo que demostró estar en su elemento haciendo historia contemporánea.¹² Estos dos libros enriquecían el conocimiento de momentos particularmente interesantes en las construcción del espacio mexicano, momentos en los que el mapa del país se redibujó en gran medida debido a cambios profundos en la estructura del poblamiento, las comunicaciones, la explotación de los recursos y otros factores. Estos dos libros, por otra parte, reconocían la influencia del geógrafo Claude Bataillon, cuya obra sobre las regiones mexicanas, aparecida en 1967, goza hasta nuestros días de considerable popularidad.¹³

Podríamos hablar de algunos otros temas y planteamientos de contenido espacial que fueron cobrando aceptación y difusión en el contexto de la visión geográfica de México que se había conformado. Un gran tema, por ejemplo, estaba implícito en la historia de los ferrocarriles. El tendido de las vías férreas fue un evento particularmente llamativo entre 1875 y 1900, y por razones obvias se consideró que marcaba un parteaguas importante en la

¹⁰ France V. Scholes y Ralph L. Roys publicaron en 1948 *The Maya Chontal Indians of Acalan-Tixchel: A Contribution to the History and Ethnography of the Yucatan Peninsula* (Washington, Carnegie Institution), obra que logró reconstruir una región desaparecida al desarticularse totalmente tras la catástrofe demográfica del siglo XVI. Roys produjo después otros estudios de tema geográfico, como *The Political Geography of the Yucatan Maya*, Washington, Carnegie Institution, 1957. Éstos fueron estudios empíricos muy sólidos que produjeron, además, cartografía muy buena.

¹¹ Alejandra Moreno Toscano, *Geografía económica de México (siglo XVI)*, México, El Colegio de México, 1968.

¹² Jean Revel-Mouroz, *Aménagement et colonisation du tropique humide mexicain*, Paris, Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, 1972.

¹³ Claude Bataillon, *Les régions géographiques au Mexique*, Paris, Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, 1967 (Travaux et Mémoires, 20).

integración espacial del país. La mayoría de los historiadores opinaba que la red se había diseñado de manera favorable a los intereses de Estados Unidos. Otro gran tema estaba en la expansión de las haciendas bajo la sombra de la legislación liberal, que había provocado la redistribución de los espacios rurales o, como en Yucatán y Morelos, la sustitución de un sistema agrícola por otro. Un tema más lo proporcionaba la consolidación de núcleos urbanos, especialmente los de gran actividad industrial, alrededor de los cuales se integraban redes regionales de mayor o menor extensión. La nutrida producción de obras de historia regional y urbana iniciada en los setenta abordó de nuevo, matizó y a veces enriqueció muchos de los temas geográficos planteados tiempo atrás. En la mayoría de ellas el medio físico era valorado, consciente o inconscientemente, con la moderada postura posibilista de la tradición vidaliana.

He aquí algunos de los rasgos más generales que se podían apreciar allá por los setenta, los tiempos y los ritmos entonces perceptibles en la construcción del espacio. México había heredado de su historia un área central de antigua cultura agrícola en la cual, durante el siglo xvi, habían ocurrido cambios importantes en el paisaje con la introducción de especies europeas, la difusión de nuevas tecnologías y la congregación de los pueblos. El Norte, naturalmente, recibía otra caracterización, y aun otra las áreas del trópico húmedo, como Yucatán o Tabasco. Los rasgos del medio físico explicaban bastante bien estas diferencias. La construcción del espacio en estos lugares había sido en gran medida obra de la colonización y de la irrigación, y tenía sus propios y particulares tiempos y ritmos, diferentes de los del centro. Los proyectos de desarrollo del trópico húmedo habían sido dominados por la perspectiva a la vez fisiográfica y burocrática de las cuencas hidrológicas. Ahí estaban, en fin, los grandes temas geográficos de la historia de México y no era difícil darse cuenta de cuáles eran los momentos clave en que el mapa cultural, social, económico y político del país se había ido dibujando o transformando. Cada etapa, cada región, tenía un paisaje característico, inconfundible.

Pero las muchas páginas que se escribían en estos contextos rara vez iban más allá de una descripción más o menos lograda de medios y paisajes. No era mucho lo que se avanzaba en el conocimiento del espacio en términos de evolución, comparación o análisis, como si, por este lado, se hubiera agotado el tema geográfico. Por un lado, ello se debía a que los estudiosos parecían haber llegado a aceptar como un logro consumado la reconstrucción del paisaje histórico tal como se derivaba de las obras de las décadas anteriores. Por otro, a que la perspectiva geográfica adoptada ya había dado lo que tenía que dar en cuanto a método y problemáticas. Para la mayoría de los historiadores mexicanistas las cuestiones geográficas se resolvían fácilmente, ya que no era mucho lo que cabía esperar de ellas. Siempre era posible recurrir a un “marco geográfico” físico y cultural, que fácilmente se conse-

guía casi hecho ya a la medida con sólo consultar una bibliografía bastante asequible y extraer los datos necesarios. Después, con aportes documentales, interpretación y comparación, sería siempre posible enriquecer la reconstrucción del paisaje encerrado en ese marco.

Algunos historiadores, sin embargo, buscaron una aproximación más crítica al estudio de la interacción del tiempo y el espacio, y la encontraron al abordar la problemática regional a partir de consideraciones sobre las estructuras de mercado, apoyándose en los avances metodológicos que brindaba la historia económica. Michoacán en la Nueva España del siglo XVIII, de Claude Morin, publicado en 1979,¹⁴ marcaba una especie de puente entre las obras de inspiración francesa de los sesenta y las tendencias más nuevas. Representativo de éstas fue el libro de Eric Van Young, *Hacienda and Market in 18th Century Mexico*, de 1981.¹⁵ Es significativo que tales trabajos carecieran de cartografía, o más propiamente de expresión cartográfica, excepto por simples mapas de localización. Pero contribuyeron a enriquecer nuestro conocimiento de los temas geográficos y, además, fueron fuente de inspiración o punto de referencia para otros estudios regionales.¹⁶ Tal vez la conclusión más importante derivada de este cúmulo de investigaciones fue que la Nueva España del siglo XVIII se caracterizaba por contar con mercados regionales débiles y porosos, muy desmayadamente interrelacionados o articulados entre sí. Esta visión, aunque cuestionable en muchos aspectos, ha sido acogida con simpatía por muchos historiadores dieciochistas y ha influido en la interpretación de fenómenos no sólo económicos, sino políticos.¹⁷

Pero las mayores innovaciones en materia de geografía histórica estaban surgiendo en otro contexto desde finales de los años setenta, que es cuando hay que buscar los atisbos de enfoques verdaderamente nuevos de los problemas espaciales.¹⁸ Geógrafos e historiadores habían estado trabajando en estrecha colaboración en el “Proyecto México” de la Deutschen Forschungsgemeinschaft, mejor conocido como “Proyecto Puebla-Tlaxcala” por su orientación regional. Mucho destacó entonces el desarrollo —aquí sí— de una cartografía histórica fina y original, como no la había habido antes en México, pero más que ello destacó el empleo de conceptos modernos y prometedores de análisis espacial. Tal vez una de las obras históricas más importantes

¹⁴ Claude Morin, *Michoacán en la Nueva España del siglo XVIII: crecimiento y desigualdad en una economía colonial*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.

¹⁵ Eric Van Young, *Hacienda and Market in 18th Century Mexico: The Rural Economy of the Guadalupe Region (1675-1820)*, Berkeley, University of California Press, 1981.

¹⁶ Cfr. la obra de Mario Cerutti, Juan Carlos Grosso y Juan Carlos Garavaglia, entre otras.

¹⁷ Cfr. Brian Hammett, *Roots of Insurgency: Mexican Regions (1750-1824)*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

¹⁸ Adicionalmente, entre 1972 y 1982 Peter Gerhard publicó sus tres imprescindibles volúmenes de recopilación y sistematización de datos básicos y de fuentes para la geografía colonial, ordenados por jurisdicciones políticas.

en este contexto fue la de Wolfgang Trautmann, *Las transformaciones en el paisaje cultural de Tlaxcala durante la época colonial*, publicada en 1981.¹⁹ No se trataba solamente de un estudio de historia regional, ya que las preocupaciones del autor se orientaban más a la naturaleza del cambio geográfico antes que a la problemática de la región en sí. Trautmann combinaba conceptos de paisaje cultural con un esfuerzo consciente y sistemático por desentrañar la estructura y la jerarquía de elementos espaciales, tanto en lo físico como en lo cultural. Su planteamiento del asunto de las congregaciones era, para la historiografía mexicana, sumamente novedoso: “cuando los españoles iniciaron la reorganización de la administración”, escribió, “se encontraron, al igual que en el resto de México, frente al problema de tener que adaptar para sus propios fines el sistema indígena de lugares centrales”.

Trautmann no lo hizo explícito, pero estaba introduciendo en el terreno mexicano una de las más relevantes aportaciones de la geografía alemana: las teorías de lugar central de Walter Christaller y August Losch. También ensayó la aplicación de algunos otros modelos para ayudar a entender procesos como poblamiento, movilidad de grupos sociales y expansión de las haciendas, e incorporó estudios detallados de redes (de comunicaciones e hidrografía) y de áreas (regiones, uso del suelo, zonas de cultivo).

La aportación de Trautmann fue muy importante, y si no se la recibió con el entusiasmo que pudo haberse esperado es porque, dentro del contexto mexicano, estaba adelantada a su tiempo. Planteaba interrogantes muy nuevas y apuntaba a encontrar las más profundas transformaciones del espacio no en lo visible, sino en lo estructural o lo funcional. Podía avizorarse, además, que la geografía colonial había vivido en el siglo XVII cambios mucho más intensos y significativos que como se había pensado.²⁰

Para entender más ampliamente el significado de lo que estaba ocurriendo en la geografía histórica hay que tener presente que las teorías de lugar central, matizadas y enriquecidas, fueron cruciales en el desarrollo de lo que los geógrafos llaman la “revolución cuantitativa”. Ésta se ha definido como la transformación radical en espíritu y en propósito que la geografía, especialmente la anglosajona, experimentó en los cincuenta y los sesenta, desechando el tradicional interés ideográfico por lo único y particular en favor de un nuevo interés nomotético por la estructura del espacio, un espacio, por lo demás, entendido como relativo y no como absoluto. Multitud de debates y propuestas teóricas entre los geógrafos, durante la “revolución

¹⁹ Wolfgang Trautmann, *Las transformaciones en el paisaje cultural de Tlaxcala durante la época colonial: una contribución a la historia de México bajo especial consideración de aspectos geográfico-económicos y sociales*, Wiesbaden, Franz Steiner Verlag, 1981.

²⁰ En el mismo año de 1981 se publicó *Creation of a Mexican Landscape: Territorial Organization and Settlement in the Eastern Puebla Basin (1520-1605)*, también sobre Puebla, de Jack A. Licata (Chicago, University of Chicago). Pero éste fue un libro muy atado a conceptos de paisaje cultural que ya para entonces podían parecer bastante gastados.

cuantitativa” y después, dieron por resultado una disciplina totalmente renovada, una “ciencia del espacio”, que ya había alcanzado buen desarrollo cuando Trautmann aplicó algunos de sus renovadores planteamientos en la geografía histórica mexicana.²¹

Poco después el antropólogo Ross Hassig ensayó en su libro *Trade, Tribute and Transportation*, de 1985,²² la aplicación de algunos modelos de comportamiento espacial con el propósito de evaluar la eficiencia de los sistemas de abasto de la ciudad de México en el siglo XVI y la extensión de su *hinterland*. Hassig logró mostrar detalladamente cómo la geografía prehispánica regional se transformó para dar lugar a la colonial, pero poniendo énfasis no en sus rasgos visibles, como otros lo habían hecho, sino en los aspectos funcionales. Por otra parte, percibió que en la mayor parte de la Nueva España se formaban regiones autosuficientes y aisladas debido a las deficiencias del transporte. Es una imagen que concuerda con la creada por los historiadores dieciochistas para sostener su visión de la débil integración interregional de la Nueva España del siglo XVIII. Ellos, de hecho, hallaron no poca inspiración en la obra de Hassig. Habrá que notar, de pasada, que los argumentos de Hassig podrían ser más sólidos para explicar el siglo XVI que los formulados por los dieciochistas para explicar el XVIII.

Por mi parte, tuve presentes las perspectivas modernas de la geografía al escribir *Los pueblos de la Sierra: el poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla*, publicado en 1987.²³ Mi libro tuvo su fundamento en el estudio del *altepetl* y con ello rescató un concepto de gran significación política y espacial hasta entonces virtualmente ignorado por la historiografía.²⁴ Al demostrar la importancia fundamental del *altepetl* como base de la organización política indígena, hice notar de qué manera el desarrollo de los pueblos de indios como entidades corporativas estuvo ligado a los cambios en su estructura espacial. El argumento descansa en las implicaciones de la centralidad, rasgo funcional muy importante en algunos sistemas espaciales y que, en el caso de los pueblos, se acentuó con la dominación española, que produjo

²¹ En 1982 apareció otro libro importante, *Tierra adentro: Settlement and Society in Colonial Durango*, obra de un geógrafo, Michael M. Swann (Boulder, Westview Press [Dellplain Latin American Studies, 10]). Él estudió con detenimiento la dinámica de la integración regional, aunque su interés principal estaba en las cuestiones demográficas.

²² Ross Hassig, *Trade, Tribute and Transportation: The Sixteenth-Century Political Economy of the Valley of Mexico*, Norman, University of Oklahoma Press, 1985.

²³ Bernardo García Martínez, *Los pueblos de la Sierra: el poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*, México, El Colegio de México, 1987.

²⁴ Charles Gibson, James Lockhart y algunos otros, siguiendo líneas independientes de investigación, también percibieron la existencia o la importancia del concepto, y de manera indirecta o más o menos explícita lo tuvieron presente en algunos de sus estudios, aunque sin enfocar el *altepetl* desde el punto de vista espacial. El análisis más detenido del *altepetl* de que se dispone hoy día es el que Lockhart ofrece en *The Nahuas after the Conquest: A Social and Cultural History of the Indians of Central Mexico (16th Through 18th Centuries)*, Stanford, Stanford University Press, 1992.

una profunda redefinición de centros y límites. El libro muestra cómo, dentro de ese proceso general, los conflictos entre cabeceras y sujetos, tan relevantes en la historia de los indios a partir del siglo XVII, mantuvieron el espacio rural en movimiento, rediseñándolo constantemente. Fue sobre todo a partir de 1650 cuando se formó el paisaje indígena que conocemos. Con el enfoque propuesto en este libro ha sido posible emprender estudios similares desde la perspectiva de otras áreas, como el valle de Toluca, Tlaxcala, Michoacán y Yucatán. En este último caso los resultados ya fueron publicados.²⁵ Puedo agregar que he ofrecido otros estudios sobre diversos tipos de localidades rurales, como los pueblos de castas y los poblados de hacienda, en los que añado datos y consideraciones que ayudan a comprender mejor las funciones centrales de esas localidades y de los sistemas espaciales que ayudaron a articular.²⁶

Ciertamente, con el paso del tiempo, habíamos afinado nuestra apreciación de los tiempos y los ritmos perceptibles en la construcción del espacio. He aquí algunos de los rasgos más generales que se podían añadir a la geografía histórica mexicana a fines de los ochenta. Los acontecimientos de los siglos XVII y XVIII, aunque menos espectaculares que los de la centuria anterior, no habían sido menos importantes en el diseño de la geografía; al contrario, tal vez más. Los rasgos de lo que podemos llamar macrogeografía ya se habían dibujado, pero había llegado el turno de la microgeografía. Los asentamientos humanos, las localidades, los pueblos, las ciudades, habían entrado con sus historias particulares. Se había avanzado, especialmente, en el entendimiento de los procesos, de la evolución. Ahí estaban otra vez, vistos desde una nueva óptica, los grandes temas geográficos de la historia de México.

Era evidente que los avances logrados en estos terrenos rara vez llegaban más acá de la historia colonial. Del siglo XIX se tenía un conocimiento mucho más esquemático, y lo mismo del XX, aunque para éste las limitaciones de la investigación histórica quedaban parcialmente superadas con trabajos de otras disciplinas. Estudios que tocaban temas de mucho interés para la geografía histórica, como los relativos a ferrocarriles, industrialización e irrigación, seguían teniendo una perspectiva geográfica arcaica, limitada o, en el mejor de los casos, desaprovechada. Con todo, algunas investigaciones hacían aportaciones importantes, aunque de manera indi-

²⁵ Sergio Quezada, *Pueblos y caciques yucatecos (1550-1580)*, México, El Colegio de México, 1993.

²⁶ Bernardo García Martínez, "Pueblos de Indios, Pueblos de Castas: New Settlements and Traditional Corporate Organization in Eighteenth-Century New Spain", en A. Ouwennel y S. Miller, comps., *The Indian Community of Colonial Mexico: Fifteen Essays on Land Tenure, Corporate Organization, Ideology and Village Politics*, Amsterdam, CEDLA, 1990; "Los poblados de hacienda: personajes olvidados en la historia del México rural", en A. Hernández y M. Miño, comps., *Cincuenta años de historia en México*, México, El Colegio de México, 1991.

recta, tal vez sin percibir su valor. Por ejemplo, Juan Luis Sariego, en sus *Enclaves y minerales en el Norte de México*, obra de 1988,²⁷ proporcionaba elementos útiles para caracterizar un tipo particular de asentamiento humano, el pueblo-empresa, y para analizar algunos rasgos de la estructura espacial del norte en la primera mitad del presente siglo, pero dejaba sin explotar buena parte de la riqueza geográfica de su material. Varios estudios sobre las tierras bajas de Veracruz y Tabasco también eran sumamente estimulantes en aspectos de geografía, pero su examen del espacio era poco trascendente. La razón de todo ello radicaba, sin duda, en los enfoques marcadamente regionalistas que la mayoría de esos trabajos se había impuesto. Piénsese que algunos de los estudios innovadores relativos a la época colonial ocultaban tras su enfoque regional la preocupación por explicar procesos o sistemas de mayor envergadura, y que los dieciochistas se abrieron desde un principio a una interpretación global. Estos rasgos estuvieron ausentes en la gran mayoría de los estudios regionales dedicados a los siglos XIX y XX, los cuales no ofrecieron mucho más que la caracterización de sus paisajes. Esto no pudo ser muy impresionante, pues para la geografía moderna, marcadamente nomotética y sistémica, contaban más los enlaces que las diferencias entre una y otra región o paisaje.

La problemática regional merece todavía un comentario adicional. Podemos darnos cuenta de que las innovaciones en materia de análisis espacial se habían estado introduciendo en temáticas de índole, precisamente, regional.²⁸ Sin embargo, la conjunción de enfoques históricos y geográficos había y ha sido una coincidencia rara. La historia regional ha adquirido gran difusión en México, y sus aportaciones —algunas de gran calidad— se cuentan por decenas, pero ha permanecido muy ciega ante la problemática espacial en general. No es que se le eche en cara el no seguir las corrientes o las modas en boga en la ciencia del espacio, ya que no tiene por qué hacerlo, pero la historia regional se ha cultivado sin conciencia de las herramientas conceptuales de análisis que brinda la geografía moderna; es, como dirían los geógrafos, una historia regional teóricamente desinformada. A lo más, algunos autores se han detenido a discutir el concepto de región y la validez de los estudios regionales en el contexto global de la historiografía, pero rara vez han sustentado sus conclusiones en investigaciones empíricas de las expresiones espaciales de la historia regional. Esto deja a esas obras fuera de lugar en el terreno de la geografía histórica.

²⁷ Juan Luis Sariego, *Enclaves y minerales en el Norte de México: historia social de los mineros de Cananea y Nueva Rosita (1900-1970)*, México, CIESAS, 1988. Cfr. también Clifton Kroeber, *Man, Land, and Water: Mexico's Farmland Irrigation Policies (1885-1991)*, Berkeley, University of California Press, 1983.

²⁸ También en algunos trabajos arqueológicos la aplicación de principios de análisis espacial se había llevado a cabo muy pronto.

Pero otras contribuciones ciertamente no están fuera de lugar. Por el contrario, las aportaciones más recientes han superado limitaciones y permiten vislumbrar nuevas vetas de investigación e interpretación. Entre las obras recién aparecidas de tema colonial deben destacarse por lo menos dos: *Two Worlds Merging: The Transformation of Society in the Valley of Puebla (1570-1640)*, del historiador holandés Rik Hoekstra, publicado en 1993,²⁹ y *A Plague of Sheep: Environmental Consequences of the Conquest of Mexico*, de la antropóloga australiana Elinor Melville, publicado en 1994.³⁰

Melville estudia los cambios ecológicos y las modalidades del uso del suelo impuestas por la introducción de ovinos en el valle del Mezquital. Al hacerlo explora la temática abordada por Sherburne Cook en 1949 y nos hace ver cuánto se ha avanzado desde entonces. Melville examina el asunto desde diferentes perspectivas inspirada en la historia australiana y con nueva y rica documentación. Es interesante notar las fechas y evaluar los procesos revelados por su estudio, porque de ello resulta que las transformaciones espaciales tan profundas acarreadas por la ganadería y tan ponderadas por Chevalier, no fueron ni tan rápidas ni tan lineales como se pensó unas décadas atrás. Con este libro se abre un capítulo nuevo para la historia ambiental, que es de esperarse motive el interés de los historiadores de nuestros días. Su ejemplo metodológico ha sido tomado en cuenta en mi Seminario de Geografía Histórica, donde se elaboran varios trabajos sobre ganadería y sobre usos forestales en el México colonial.

La obra de Hoekstra también nos hace ver cuánto se ha avanzado de 1949 a la fecha. Como François Chevalier en aquel año, Hoekstra se inspira en el medievo europeo, pero le extrae más conceptos que imágenes. Con ellos abre el camino a una revolución en el entendimiento de la construcción espacial del México colonial frente a las estructuras heredadas del pasado prehispánico. Hoekstra explica cómo las relaciones sociales y de poder pasaron de un sistema de asociación personal o *Personenverband* a otro de asociación territorial o *Territorialverband*. Al mencionar esto se reconoce un proceso vivido en algunas regiones de Europa en el tránsito del sistema feudal al estado monárquico, pero lo que nos interesa es que algo comparable ocurrió en Mesoamérica. Los conquistadores encontraron que la delimitación de un espacio político o social estaba determinada por la presencia o ausencia de personas o grupos que participaban del lazo de asociación, y no por el trazo de límites o linderos sobre el terreno. Éstos eran difusos o tendían a estar entremezclados, según la ubicación de los participantes de uno u otro lazo político. Los españoles pudieron adaptar algunas instituciones coloniales a

²⁹ Rik Hoekstra, *Two Worlds Merging: The Transformation of Society in the Valley of Puebla (1570-1640)*, Amsterdam, CEDLA, 1993 (Latin America Studies, 69).

³⁰ Elinor G. K. Melville, *A Plague of Sheep: Environmental Consequences of the Conquest of Mexico*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

esa realidad. La encomienda, por ejemplo, pudo anclarse bien en principios de asociación personal, y no en balde se han percibido en ella tintes feudales. Pero el proyecto colonial que finalmente se impuso fue de corte más moderno, en términos europeos, e implicó la adopción de un sistema de asociación territorial. Yo encuentro aquí una confirmación del proceso que, por mi parte, había presentado en mi ya citado libro *Los pueblos de la Sierra*. Era necesaria la conformación de centros y límites que permitieran ordenar y visualizar los elementos del espacio social de manera congruente con el modo de pensar de los españoles y con las instituciones que finalmente habrían de permanecer. El asunto era de la mayor importancia, ya que de no lograrse ese cambio el aparato político y social de la colonia podría resultar inestable o incongruente. El gobierno colonial procedió a configurar jurisdicciones o circunscripciones basándose en la definición de territorios exclusivos dentro de cada uno de los cuales toda la población quedaba sujeta a un lazo político común. Para lograrlo tuvo que propiciar ciertos desplazamientos de la población, y es en este contexto donde se emprendieron las congregaciones y la reestructuración de las unidades políticas indígenas. Así, la evolución del *altepetl* prehispánico al pueblo de indios colonial corrió pareja con la traspasación de un sistema a otro.³¹

La comprensión del fenómeno referido es un logro importante de la historiografía de nuestros días. Nos ha hecho ver procesos que ignorábamos y fenómenos que de otro modo podrían pasar inadvertidos. Hace poco tiempo presencié boquiabierto cómo una estudiante de antropología descubría en la Tlaxcala moderna la formación de un pueblo estructurado con principios de asociación personal. Frente a él, las autoridades estatales ven con desconcierto cómo se manifiesta de diversos modos la identidad corporativa de los miembros del pueblo, pero no encuentran la forma de hacer congruente esa estructura firme aunque dispersa con los criterios normales de organización catastral, fiscal y estadística. Igual desconcierto debieron haber experimentado las autoridades novohispanas antes de pronunciarse por una política de congregaciones. Queda todavía por contestar la pregunta de si la formación de ese pueblo tlaxcalteca responde a una tradición de algún modo conservada o es una curiosa ocurrencia. Como quiera que sea, el caso proporciona un punto de comparación que puede ser útil.

En estas circunstancias se impone una profunda revisión de mucho de lo que sabemos, o creemos saber, respecto de asuntos como propiedad, adminis-

³¹ La demarcación de corregimientos y parroquias obedeció al mismo razonamiento y la misma necesidad: dotar a la sociedad indígena de una expresión territorial comprensible para el sistema colonial y acorde con su funcionalidad. Por su parte, los cabildos españoles se fundaron sobre bases de asociación personal y pretendieron extender su jurisdicción sobre sus vecinos independientemente de dónde residieran, lo que fue muy claro en la primera mitad del siglo xvi. Frente a ello contrastó la estructura manifiestamente territorial de las jurisdicciones civiles, cuya consolidación fue rápida y definitiva.

tración política y religiosa, patrón de poblamiento y otros aspectos importantes de la geografía histórica colonial. Tomo como referencia mis propios trabajos sobre la naturaleza de la jurisdicción frente a la propiedad en el ámbito de los indios.³² La distinción entre una y otra, no siempre entendida adecuadamente en su tiempo, y peor comprendida hoy día por los historiadores, tuvo gran peso en la forma como evolucionó la distribución de la tierra y otros recursos. En la actualidad es posible decir que los principios jurisdiccionales normaron al inicio esa distribución, pero que luego fueron sustituidos por los de propiedad al grado de que éstos borrarán aquéllos. El asunto fue adquiriendo complejidad con el paso del tiempo. Por eso, por ejemplo, los límites entre los estados de la república que se antojarían de índole eminentemente jurisdiccional son en la práctica límites de propiedad. Pero comúnmente eso no se percibe, porque los orígenes del ordenamiento del espacio son materia conocida por muy pocos. Los conflictos por límites surgen casi siempre de desavenencias de propiedad y suelen zanjarse, si acaso se zanja, sobre la base de títulos de propiedad. Naturalmente, la raíz del problema queda sin resolver y de cuando en cuando vuelve a aflorar.

Pasando a los estudios recién aparecidos sobre historia contemporánea, siempre dentro de la perspectiva geográfica, me permitiré citar dos míos. En 1992 publiqué *Las carreteras de México (1892-1992)*,³³ primera versión de una historia en la que pongo particular atención en el ordenamiento espacial resultante de la evolución de la red carretera. Un año después publiqué "Tiempo y espacio en México: las últimas décadas del siglo xx",³⁴ breve estudio en el que me ocupo con cierto detalle de la jerarquía cambiante de los espacios, que con el paso del tiempo oscilan entre posiciones de dominio y de marginalidad, y de las implicaciones de los procesos de poblamiento. En ambos trabajos propongo un enfoque geográfico general de México, del que hablaré más adelante.

Las obras de nuestros días invitan a un balance y permiten ver lo mucho y lo poco que se ha hecho en materia de geografía histórica en cuarenta y cinco años, desde aquel año seminal de 1949 hasta el presente. Lo mucho, porque lo que se ha ganado en perspectivas, en profundidad de enfoque, en sofisticación metodológica, en capacidad de análisis de la problemática espacial, es invaluable. Los pocos pero notables estudios de historia ambiental

³² Bernardo García Martínez, "Jurisdicción y propiedad: una distinción fundamental en la historia de los pueblos de indios del México colonial", en *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 53, dic., 1992.

³³ Bernardo García Martínez, *Las carreteras de México (1892-1992)*, México, Secretaría de Comunicaciones y Transportes, 1992.

³⁴ Bernardo García Martínez, "Tiempo y espacio en México: las últimas décadas del siglo xx", en J. J. Blanco y J. Woldenberg, comps., *México a fines de siglo*, v. 1, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 152-177.

producidos son dignos de atención especial. También es de advertirse cuánto más sabemos de tantas cosas, y cuán más correctamente lo sabemos. Los mapas que nos formamos en nuestra mente de la geografía colonial y de la del siglo XX, por ejemplo, son más ricos que antes y, sobre todo, más dinámicos.

Pero se ha avanzado muy poco. Primero que nada, porque extensas zonas del tiempo histórico no se han beneficiado prácticamente nada de estos progresos. Esto, que ya vimos, se puede ilustrar adicionalmente con una obra reciente de amplias perspectivas, *El poblamiento de México*, coordinada y escrita por un grupo de historiadores y demógrafos.³⁵ Se trata de una historia general de México muy novedosa por su enfoque, en donde los aspectos espaciales son considerados con bastante cuidado. Pero salta a la vista, especialmente al leer lo referente al siglo XIX, que para ciertos periodos no sólo no se ofrece nada novedoso, sino que se repite la misma historia que se ha venido contando por muchos años.³⁶

También se ha hecho muy poco en cuanto a la sistematización de los estudios de contenido geográfico. Se puede repetir lo dicho respecto de la situación en los sesenta o los setenta. No se ha formado una escuela o una corriente bien definida, sino que los temas espaciales son abordados en distintos momentos y desde diferentes enfoques con la percepción, a menudo, de que se inscriben en el terreno de la historia social o la económica. El resultado son estudios, como antes, variados y disímiles que quedan relativamente aislados y siguen siendo piezas un tanto exóticas en el universo de la historiografía mexicana. Se habrá observado, además, cuán notablemente internacional es el componente humano que ha aportado las piezas de este singular mosaico constituido por la geografía histórica. El presente artículo, cuyo propósito no es otro sino efectuar una evaluación preliminar y aproximada de la aportación de cada quien, espera encaminarse al logro de la individualización de esta especialidad dentro de la historiografía mexicana, así como a la ulterior sistematización de temas y planteamientos.

Un año antes de 1949 se publicó en Estados Unidos un libro singular que logró una brillante síntesis de su tema: *Historical Geography of the United States*, de Ralph Hall Brown, profesor de geografía en la Universidad de Minnesota.³⁷ Muchos de los temas que hemos tratado estaban comprendidos allí, organizados de manera sistemática y coherente: el proceso de poblamiento,

³⁵ *El poblamiento de México: una visión histórico-demográfica*, México, Consejo Nacional de Población, 1993. El segundo tomo, dedicado a la época colonial, fue coordinado por quien esto escribe.

³⁶ *Norte precario: poblamiento y colonización en el Norte de México (1760-1940)*, de Luis Aboites (México, El Colegio de México, 1995), es una obra que, como otras relativas a la historia reciente de México, hace contribuciones muy valiosas pero no explota las posibilidades de análisis espacial que tiene a su alcance.

³⁷ Ralph H. Brown, *Historical Geography of the United States*, New York, Harcourt Brace and Co., 1948.

la naturaleza de los asentamientos, la explotación del medio, el tendido de las comunicaciones, la economía, los intercambios, etcétera. Siguiendo un procedimiento congruente con la historia y la geografía de Estados Unidos, Brown emprendió su estudio de este a oeste, dejándose llevar en líneas generales por la expansión de ese país. Pocos libros enseñaban tanto sobre muchos aspectos poco conocidos de la historia de la nación vecina como esta meritoria obra que, si bien hoy se encuentra olvidada y marcada por los años, sigue siendo muy útil. En este terreno ha habido desde luego otras (no muchas) contribuciones. Hoy, la puesta al día de la geografía histórica de Estados Unidos, con mayor amplitud y complejidad, se debe a una obra monumental reciente y todavía no concluida: *The Shaping of America*, del geógrafo D. W. Meinig. Es un libro escrito, según uno de sus críticos, “*in the best tradition of Braudel*”.³⁸ Parece inevitable, por tanto, volver a poner los ojos en 1949.

No hemos de regresar, desde luego, a esa fecha. Pero parece evidente que se está cerrando un ciclo de investigaciones iniciado precisamente en los primeros años de la posguerra. Pensando de nuevo en la geografía histórica mexicana, las obras de Ralph Brown y D. W. Meinig, situadas en los extremos de ese periodo historiográfico, son excelentes puntos de partida y proporcionan elementos de metodología de gran valor. Sólo resta aprovecharlas.

Naturalmente, la geografía histórica de México tiene que abordarse de manera diferente a la de Estados Unidos, ya que la estructura espacial del país y su tejido histórico se han conformado de un modo que, por principio de cuentas, ha sido mucho más centralizado. Pero no cabe esperar mucho apoyo metodológico y conceptual de las geografías ordinarias de México, pues no han surgido de una perspectiva histórica, que en este caso resulta inexcusable.

Tal vez sea oportuno acudir al bagaje conceptual y metodológico que propuse algún tiempo a propósito de la geografía de México, pues resulta adecuado a la perspectiva de la geografía histórica de nuestros días. Mi propuesta fue formulada originalmente en 1976 en un capítulo introductorio a la *Historia general de México* editada en ese año por El Colegio de México.³⁹ A partir de entonces, he buscado ampliarla y perfeccionarla, para lo que me he servido al menos de dos publicaciones de 1993 ya mencionadas y de otras dos

³⁸ D. W. Meinig, *The Shaping of America: A Geographical Perspective on 500 years of History. I. Atlantic America (1492-1800)*, New Haven, Yale University Press, 1986; y *II. Continental America (1800-1867)*, New Haven, Yale University Press, 1993. Los volúmenes III y IV (1850-1992), aún no han aparecido. La nota crítica proviene del forro del II.

³⁹ Bernardo García Martínez, “Consideraciones corográficas”, en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 1976. Se está procediendo a la elaboración de una versión actualizada de la obra completa.

que están en prensa.⁴⁰ Mi proposición está construida y explicada con criterios funcionales derivados del análisis espacial y anclada en la evolución histórica del país. Proporciona líneas, nodos y áreas básicos para plantear de manera clara y coherente, creo, problemas de regionalización, intercambios, poblamiento y otros asuntos que tienen expresión espacial y, desde luego, también histórica. Una de las tareas a que consagro más esfuerzos hoy en día es la de elaborar la obra de conjunto sobre geografía histórica mexicana que considero necesaria, recogiendo, entre otros asuntos, las experiencias y preocupaciones originadas en la búsqueda historiográfica que acabo de relatar.

⁴⁰ Las publicaciones de 1993 son las citadas en las notas 33 y 34. En prensa se hallan dos artículos de contenido interpretativo que ofrecen la revisión de varios asuntos: "La organización colonial del espacio: un tema mexicano de geografía e historia" y "El espacio del (des)encuentro". Serán publicados por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia y El Colegio de la Frontera Norte, probablemente en el curso del presente año.